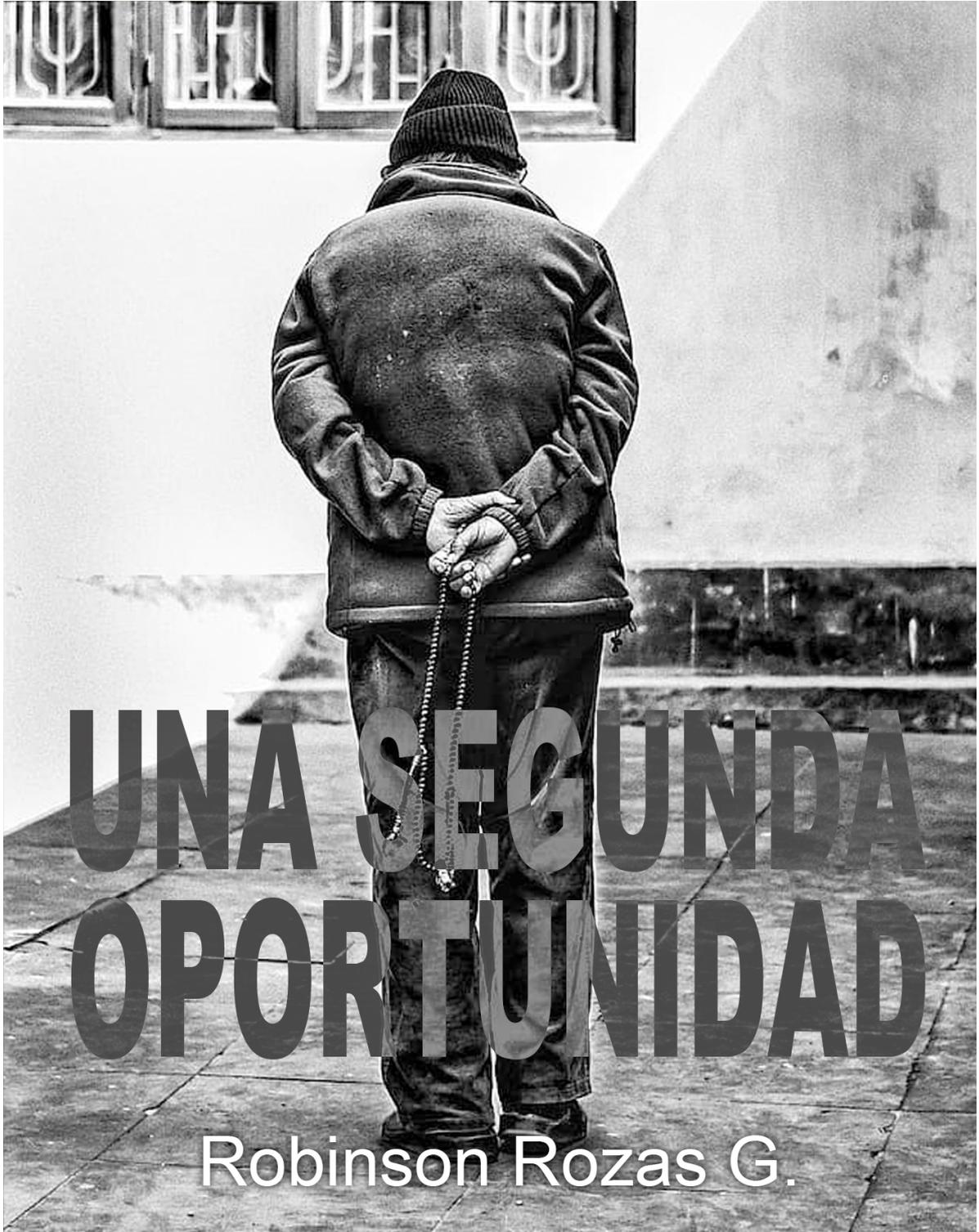


# Una Segunda Oportunidad

Robinson Rozas Gordillo



# Capítulo 1

## Una Segunda Oportunidad

**Robinson Rozas G.**

I

Decidí no contestar a sus preguntas a pesar de que insistió. Me levanté con dificultad de mi silla y me marché. Ella no dijo nada. En ese momento supe que no la volvería a ver.

Habíamos tenido esa discusión innumerables veces, era obvio que ya estaba cansada, yo también lo estaba y aunque en el fondo de mi alma deseaba quedarme, pedirle disculpas y cobijarme en su perdón, no lo hice. Me pregunto cómo hubieran sido las cosas si lo hubiese hecho desde el comienzo, pero es algo que nunca sabré. Ella es la única mujer que he realmente amado, pero hace mucho que con mis actos había aceptado perderla, perderla para siempre.

Caminé hacia la estación de metro y descendí por la escalera, no me apetecía hacerlo por el ascensor, necesitaba sentir que podía valerme por mí mismo y aunque el hecho de bajar una escalera no significaba gran cosa, era lo que tenía para mí en ese entonces y lo interpreté así.

Sin duda su pérdida me dolía, me dolía más que mi pierna mala mientras bajaba esos interminables escalones. Pero ya habíamos jugado nuestras cartas, ya no había más vueltas que darle, mucha agua había pasado bajo el puente y ambos estábamos demasiado viejos y cansados para seguir así.

Al llegar al último peldaño el dolor en mi pierna fue tal que creí me caería, un hombre vestido con uniforme de guardia notó el esfuerzo que estaba haciendo y se acercó rápidamente para ayudarme. Me sujetó del brazo y me preguntó si necesitaba una silla, dijo que podía facilitarme una de ruedas si es que era necesario. No acepté, sentí que mi vida se agotaba, ya no era ni un mendrugo de lo que había sido alguna vez y quería darme cuenta de ello. Le pedí que me soltara, dije que podía solo. En su rostro noté una expresión de extrañeza. Seguramente nunca pensó que recibiría esa reacción de mi parte, él sólo quería ayudar, ser amable.

Me soltó el brazo y con mucha dificultad avancé unos cuantos metros, me pareció que la gente me miraba y murmuraban, era como si estuviera dando un espectáculo. Nadie esperaba ver a un viejo moribundo que no se dejaba ayudar. De pronto la vista se me nubló, el dolor fue tal que ya no sentí mis piernas, me pareció que flotaba. Entonces caí y me di un fuerte

golpe en la cabeza que me hizo perder el conocimiento.

Cuando desperté me encontraba dentro de una ambulancia camino hacia algún hospital. El paramédico me examinaba. Se dio cuenta de mi lucidez y con una linterna revisó mis ojos.

— ¿Cómo se siente? —Me dijo.

Yo no contesté.

Le hizo un par de gestos a su compañera y continuó:

— ¿Puede decirme su nombre? —Preguntó.

—Manuel Eduardo Arístides Carballo de Rocha —respondí lentamente, pero sin detenerme. Sentí mi boca seca al intentar tragar saliva—. ¿A dónde me llevan?

—No se preocupe don Manuel —me dijo—. Todo va a estar bien. Se ha dado un buen costalazo, pero al parecer todo va bien. De todas maneras lo llevaremos al hospital para asegurarnos.

Me acomodé en la camilla y busqué con mi mano mi billetera en el bolsillo de mi chaqueta. No la habían sacado.

— ¿Puede darme un poco de agua? —Le dije, mientras le entregaba mis documentos—. ¿A qué hospital me llevan?

—Al Hospital General —me contestó, acercándome una botella de agua a la boca.

Bebí un poco, lo suficiente para suavizar mi garganta y continué.

—Escuche joven —le dije—, si me va a llevar al hospital, entonces debe llevarme al Hospital Militar. Aunque yo me siento bien.

El hombre miró en mis documentos y comprobó lo que le advertía. Tomó un auricular y se comunicó con el conductor.

Me ingresaron en el Hospital militar, la caída no había provocado heridas graves, solo un par de hematomas. Unas señoritas muy lindas me tomaron un par de radiografías y me dejaron en una habitación. Mi condición de coronel en retiro me daba derecho a sala individual.

— ¿Puedo irme ya? —Les pregunté antes de que salieran.

—Eso lo decidirá el doctor —dijo con una sonrisa la más joven de las

dos—. Ahora descanse.

Me sentía hecho trizas y el último lugar en el que quería estar era un hospital. Había pasado ya tantas horas en una sala como esa y los recuerdos de aquello no eran los mejores.

Intenté dormir, quería soñar con Ana, grabarme la imagen de su rostro en mi memoria para no olvidarla jamás. Sabía que ya no la volvería a ver, que ya nada sería como alguna vez. Si bien la había dejado esa tarde, dentro de nosotros ambos sabíamos que lo nuestro estaba acabado hacía ya mucho tiempo. Sonreía recordando nuestros tiempos buenos. Estaba en eso cuando una gruesa voz sonó.

—Buenas tardes, mi coronel —dijo.

Abrí los ojos y lo miré, mi rostro hizo un gesto de desaprobación al verlo. Claramente él lo notó y tras una breve sonrisa continuó.

—Veo que no te agrada verme —agregó—. Bueno, para mí tampoco es un placer que sea en estas condiciones. ¿Dónde te habías metido?

—No sabía que le debía explicaciones, mi mayor —le respondí con firmeza.

— ¿Crees que no sé lo que ha sucedido? —Me dijo—. Hablé con Ana hace un rato.

—Espero no le hayas contado lo que pasó —le interrumpí.

—Sabes muy bien que no haría eso —repuso—, pero me tienes preocupado.

— ¿Preocupado por qué Julián? ¿No crees que ya estoy lo suficientemente crecido como para saber lo que hago?

—No me refiero a eso y lo sabes...

—Entonces debes dejarme tomar mis decisiones —lo interrumpí antes de que continuara—. Ahora dime si puedo irme ya y si no es así te agradecería que me dejaras dormir.

—Debes pasar la noche aquí —me dijo con una expresión de tristeza en su rostro.

—Escucha, entiendo que te preocupes. Pero las cosas no van a cambiar. Solo intenta verme como mi hermano y no como un paciente.

—Está bien —respondió—. ¿Puedes contarme qué fue lo que sucedió en el metro?

—Julián, ahora quiero descansar. Además, deberías saberlo. Tú eres el doctor.

Se dio la vuelta y se marchó. No me hacía sentir bien tratarlo así, pero él debía comprender que no podía controlar mi vida. Por mucho que quisiera ayudarme, mi enfermedad no se podría curar y no había nada que él pudiera hacer.

No había querido mencionar mi enfermedad, pero llegados a este punto entiendo que es necesario. Hace unos años, mientras me encontraba aun de servicio, me tocó guiar una misión en el desierto. Se trataba de un grupo radical separatista de un país amigo, el cual se había hecho de una parte del territorio en base a secuestros, asesinatos y atentados. La misión era clara, debíamos rescatar al Subsecretario de justicia de aquel país y acabar con los cabecillas del grupo. La misión fue todo un éxito, nos internamos en la aldea del enemigo sigilosamente en la madrugada, acabamos uno a uno con los cabecillas del grupo, pero en el momento de la extracción una bala enemiga calibre cincuenta me atravesó el costado derecho de la cadera, fragmentándola en cientos de diminutos pedazos. El dolor fue tan intenso que me desmayé antes de incluso sentirlo. Pasé por más de una decena de operaciones, en las que con aleación de titanio intentaban reconstruir mi cadera. El problema fue que en una de ellas me agarré una infección intrahospitalaria, la cual fue tratada con fuertes drogas que me debilitaron demasiado. A los siete meses después la infección se había transformado en cáncer al hueso. Para ser realista, es un milagro que aun pueda caminar, aunque lo haga con dificultad.

Fue en esa época cuando me reencontré con Ana. Ella había ingresado hacía unos cuantos meses a trabajar en el hospital militar, venía trasladada desde el norte y mi hermano la había reclutado como su asistente. Obviamente él no sabía que nosotros ya nos conocíamos, aunque era cierto que llevábamos bastante tiempo sin vernos.

La primera vez que la vi fue cuando tenía veinte años, ella unos cuántos años menos que yo y estaba terminando el colegio. Yo por mi parte cumplía mis primeros años de servicio en el extremo norte del país. Lo primero que me llamó la atención fueron sus ojos, esa mirada penetrante de sus pupilas negras, no podía dejar a nadie indiferente.

Habíamos salido de franco un día viernes por la tarde con un par de compañeros y la idea era divertirnos durante todo el fin de semana. Entramos en un antro con mala fachada y nos encontramos con que las muchachas celebraban ahí algún cumpleaños o algo así. Nuestras miradas se cruzaron de inmediato, jamás se borrará esa imagen de mi memoria. Ella con su hermoso cabello negro y crespo suelto, bebiendo con una

bombilla de una botella y sus largas pestañas que adornaban sus hermosos ojos. Uno de mis compañeros, cuyo nombre ya no recuerdo, me empujó suavemente, bromeando con mi actitud. Nos sentamos unas cuantas mesas más allá y ordenamos unas cervezas. No podía dejar de mirarla, me había clavado el anzuelo y ya no me dejaría ir. Se levantó de su asiento junto con su amiga para ir a bailar y entonces, al ver su figura, supe que debía ser mía. Tenía todo lo que me gustaba en una mujer. Su piel morena brillaba mientras se contorneaba. Era como una invitación implícita a no dejar de mirarla. Esperé el momento indicado y me acerqué, no recuerdo qué le dije ni qué hablamos, pero ella me rechazó. Me sentí un tonto, pero no me daría por vencido tan fácilmente. Volví con el rabo entre las piernas a mi mesa y me quedé observándola otro rato, ella también me miraba y reía con sus amigas. Volví a acercármele nuevamente, no podía estar tan equivocado.

—Tú no te das por vencido —me dijo.

—Es que tus ojos me tienen hipnotizado —respondí y sonreí. Ella también lo hizo.

—Lástima que ya me esté yendo —me dijo, me besó en la mejilla y caminó hacia su amiga que la esperaba en la puerta.

—Al menos dime cómo te llamas —le pedí y me respondió con la voz más dulce que en mi vida había oído.

—Ana.

Unos cortos golpes en la puerta me despabilaron.

— ¿Se puede, mi coronel? —Preguntó.

Se trataba del general Jorge Strauss, que a pesar de ser mucho menor que yo, siempre había tenido más rango. Desde hace tiempo que éramos buenos amigos. Él había sido el brigadier a mi cargo en la misión en la que fui herido. Ahora era general.

—Adelante, Jorge —le dije, intentando acomodarme en la cama.

— ¿Cómo te sientes?

—He estado peor —contesté sonriendo.

—Escucha —me dijo—, me he enterado de que no has estado muy bien últimamente.

— ¿Con qué cuento te ha ido Julián? —Le pregunté.

—No ha sido él, sólo basta con verte. No entiendo qué pretendes Manuel, sabes que la institución puede ayudarte...

—No me vengas con esa cantaleta otra vez Jorge, por Dios —lo interrumpí—. Ya no estoy para eso. Sólo quiero terminar mis últimos días en paz, a mi manera. Ustedes ya hicieron todo lo que podían hacer por mí y yo, para serte franco, no quiero que hagan más.

No hablamos mucho más que eso, él me conocía y sabía que no daría mi brazo a torcer. No estaba enojado con la institución, se habían portado bien conmigo, incluso ahora que ya estaba retirado. Era una cuestión personal, no quería sentirme una carga para nadie. Quería vivir mis últimos días en paz y a mi modo. ¿Cuántos serían? No lo sé, sólo sabía que no quería estar en la sala de un hospital.

Al día siguiente me levanté temprano y le pedí a Julián que no intentara retenerme, no lo hizo y sólo me ofreció un frasco de píldoras. Dijo que cuando me doliera éstas me aliviarían un poco, las recibí y me marché. El día estaba nublado y hacía frío. Hice parar un taxi y le pedí que me llevara hasta la casa. Una vez llegué me di un baño y me cambié de ropa. Giré la palanca de la persiana para dejar que entrara luz a la habitación. Me serví un poco de bourbon con dos hielos, encendí la chimenea y me senté enfrente de la ventana. El día estaba muy nublado, parecía que en cualquier momento comenzaba a llover.

## II

Cuando cumplí veintisiete años me llegó la noticia de que sería trasladado al otro extremo del país. Para ese entonces Ana y yo llevábamos ya casi seis años y, a pesar de nunca habernos propuesto una relación formal, vivíamos prácticamente juntos. Yo había logrado que me asignaran un departamento de soltero gracias a mi amistad con Jorge Strauss y Ana pasaba la mayor parte del tiempo junto a mí ahí. La noticia nos pegó fuerte, Ana no podía irse conmigo y yo tampoco estaba en condiciones de llevármela. Obviamente yo podría haberme negado al traslado, pero eso incluiría mi baja de la institución y no estaba dispuesto a eso.

Nos despedimos en el aeropuerto un viernes por la tarde, no dijimos nada, pero ambos sabíamos lo que el uno significaba para el otro. Sabía que la echaría de menos, pero nunca imaginé que esa sería la última vez que vería su rostro en doce años. Cuando llegué a mi destacamento, las condiciones no eran las mejores en el cuartel, no había agua potable ni luz ni mucho menos un teléfono. Los entrenamientos duraban semanas enteras. En las noches, cuando podía, miraba una foto de ella que guardaba en mi billetera. Nunca supe si intentó ponerse en contacto conmigo, de cualquier modo no lo hubiera logrado. Me concentré en el

ascenso, por lo cual hice todos los cursos que me ofrecieron. Viajé a otros países a entrenarme en distintas áreas; paracaidismo, buceo, explosivos, francotirador, entre otros. Estos cursos me sirvieron para ser considerado en muchas de las misiones de apoyo a países amigos, cuyas condecoraciones me hicieron subir de rango relativamente rápido.

Mientras tanto Ana intentaba seguir con su vida. Se alistó en el ejército como estudiante de enfermería y de vez en cuando Jorge Strauss le daba noticias mías. Sin embargo, nunca me dio las de ella a mí. Cuando llevaba cinco años ejerciendo como enfermera encargada, fue trasladada a la capital. Era un cargo que le convenía, la paga era mejor y además le asignarían vivienda y otros beneficios. Llevaba un par de meses cuando el joven Dr. Julián Cienfuegos la reclutó como su asistente.

Si, Julián tiene un apellido diferente al mío. Mi padre murió cuando yo era muy pequeño y mi madre se volvió a casar al poco tiempo después, de ese matrimonio nació Julián. Siempre nos llevamos bien, aunque siempre fuimos muy distintos. Julián estudió Medicina y se graduó con máximos honores, siendo el mejor alumno de su generación. Realizó una serie de estudios posteriores en Estados Unidos y Europa, obteniendo en todos las mejores calificaciones. Ingresó al ejército a los veintiocho años, mientras cursaba su postdoctorado en Oncología en Alemania. No sé cuáles fueron sus métodos para ingresar tan viejo y mientras estudiaba, imagino que se debió a lo mismo, al gran aporte que podría ser para la institución. En un tiempo muy corto ascendió al grado de mayor y se hizo cargo del hospital militar como director general del mismo.

Debido a su gran dedicación a los estudios, el encontrar pareja pasó a segundo plano. Ni siquiera había sentido la necesidad de hacerlo. Pero todo eso cambió cuando conoció a Ana, una extraña sensación lo invadió cuando la vio por primera vez. Rápidamente la pidió como su asistente y no tardaron mucho en comenzar a salir. Ana sentía cierta admiración por el joven doctor, lo que la atraía a él sin siquiera reparar en los años de diferencia. A los dos meses se fueron a vivir juntos y planearon casarse, pero el matrimonio nunca llegó.

Poco después ingresé al hospital, ya llevaba unas cuantas cirugías y mi cadera se encontraba destrozada. El mismo Julián fue quién me diagnosticó cáncer al hueso. El reencuentro con Ana fue algo caótico, ninguno de los dos se lo esperaba, menos de esa manera. Ella ni siquiera sabía que Julián era mi hermano, lo cual la afectó mucho. Llevábamos tanto tiempo separados que encontrarnos así no era justo para nadie, mucho menos para Julián, que nada tenía que ver en nuestra historia.

Durante los doce años que pasé sin ver a Ana, me concentré en nada más que mi carrera, no tuve ninguna novia, solo chicas con las que estaba por momentos, nada serio. De hecho, me hice de una suerte de reputación entre mis compañeros. Ellos fueron, uno a uno, conociendo a sus

respectivas novias, se enamoraban y luego se casaban, tenían hijos y todo lo demás. Yo, en cambio, conocía a chicas, estaba con ellas un tiempo y luego las dejaba, jamás me involucraba demasiado ni les daba a ellas tampoco la esperanza de que algún día lo haría.

Ana, por su parte, no tuvo ningún novio después de que me fui, la única persona que tocó sus labios después que yo fue Julián. Obviamente, el día de nuestro reencuentro yo no estaba al tanto de aquello. Ella leyó de mí en los expedientes y esperó a que todo el mundo se hubiera ido, fue así como a eso de las doce de la noche apareció en mi habitación. Nos miramos por un instante y en un acto instintivo nos abrazamos, intenté besarla pero no fue mucho lo que conseguí. Conversamos, tomados de la mano nos contamos nuestras vidas, me sorprendió que no me hiciera ningún reproche, yo tampoco le hice ninguno a ella.

—He esperado este momento durante siglos —le dije.

—A veces el tiempo avanza demasiado —respondió ella.

— ¿Qué quieres decir? Estamos aquí, ¿qué importa lo que haya pasado?

Hizo una pausa y bajó la mirada mientras acariciaba suavemente mi mano.

—Yo también esperé mucho tiempo este momento, pasé días y noches imaginándomelo y justo cuando creí que no llegaría nunca, cuando había decidido dejarte ir...

No continuó, tampoco hacía falta que lo hiciera, sus palabras dejaban las cosas claras. Había decidido olvidarse de mí y no podía recriminárselo. Es más, debía de estarle agradecido que no lo hubiese hecho antes.

—Imagino que has conocido a alguien —dije.

Una lágrima se deslizó por su mejilla derecha, intentó contenerse para no echarse a llorar.

—Hace algunos meses que estoy saliendo con el Dr. Cienfuegos.

Sentí como si una navaja me abriera el pecho, pero no dije nada, intenté disimular mi angustia. Todo estaba bien, ¿cómo podría no estarlo?

—Pensé—. No le prometí nada al marcharme, doce años después nada podía exigirle tampoco. Debo confesar que de cierta manera me sentí aliviado de que hubiera sido Julián quien la conquistó y no otro.

Desde ese momento la relación de ellos dos no volvió a ser la misma. Julián nunca me tocó el tema, pero de cierta manera yo sabía que sus problemas, los cuales terminaron finalmente en una especie de ruptura,

se debían a mí. Las cosas siguieron de manera extraña, Julián y Ana dejaron de vivir juntos, pero siguieron manteniendo una relación que nunca quise comprender. Por otro lado, mis deseos de estar con ella fueron creciendo a medida que la terapia avanzaba. Cuando finalmente pude salir del hospital, ella me acompañó varias veces a mi casa, en más de alguna ocasión vimos alguna película o cenamos juntos, pero nunca, y por más que yo lo intenté, llegamos más allá. Nos convertimos en una especie de trio en una relación muy extraña, la cual nunca me gustó, miles de veces intenté alejarme, pero ellos siempre volvían, incluso más de alguna vez me organizaron alguna fiesta sorpresa de cumpleaños o llegaron con toda la cena y un montón de regalos a pasar la navidad a mi casa. Nunca entendí exactamente si seguían siendo pareja o no, al menos, si lo eran, en frente mío lo disimulaban muy bien. Intenté cerrar la puerta miles de veces pero, por alguna razón inexplicable, no podía decirle que no a Ana. A Julián lo mandaba al carajo sin ningún problema, pero a ella me era imposible. En el fondo de mi alma sabía que la amaba, pero a esas alturas ya no había nada que hacer. Comencé a alejarme, en cierta medida lo hacía para dejarles el camino libre, no quería que me vieran como un obstáculo entre ellos. Me sentía un lastre que ellos mismos se obligaban a cargar y odiaba sentirme así.

Cuando cumplí cincuenta y nueve años me miré en el espejo y no pude creer lo que veía, era completamente distinto a lo que alguna vez imaginé sería a esa edad. Había sobrevivido, de manera inexplicable, los últimos diez años a un cáncer que había deteriorado tanto mi cuerpo que me hacía lucir como un anciano de ochenta o quizás más. No podía escapar a lo que era, por muy joven que me sintiera por dentro, la realidad estaba ante mis ojos. Decidí hacer un pequeño testamento para repartir las pocas cosas que tenía. No era mucho, tampoco había mucha gente a quien beneficiar. Dejé mi casa y mis bienes a Ana y doné lo que quedaría de mi cuerpo a la ciencia, esa era mi última voluntad. Fue un trámite engorroso pero debía hacerlo, Julián no se atrevió a opinar y a Ana no le gustó la idea. Desde el día que lo supo, cuando tenía oportunidad de hacerlo, me recriminaba mi decisión, me invadía con preguntas que siempre me negué a contestar.

—Los cristianos enterramos a nuestros muertos —me dijo un día.

### III

Cerré suavemente los ojos y dejé que el calor de la chimenea me acariciara. Los abrí levemente pero mi vista estaba nublada, intenté levantar el vaso de bourbon pero no fui capaz de hacerlo, me sentía inmensamente cansado. Cerré los ojos otra vez y me entregué.

Sentí que descendía en una especie de túnel sin poder ver, sin poder sentir. De repente, me encontraba acostado en una habitación que a primera vista no reconocí. Me sentía estupendamente bien, noté que ni la

cadera ni la pierna me dolían. Refregué mis ojos con ambas manos y me incorporé, fue entonces que reconocí el lugar. Era mi habitación de adolescente en casa de mi madre, todo lucía muy normal. Me levanté lentamente y miré por la ventana, el día estaba hermoso. Un sol radiante iluminaba la calle lateral y los pájaros cantaban en los árboles que la bordeaban. Me vi en el espejo al pasar y noté que estaba muy joven, me detuve a mirarme durante un instante, incluso toqué con mis manos mi rostro como intentando cerciorarme de que estaba en realidad ahí. Me parecía todo muy real para ser un sueño — ¿Pero qué más puede ser si no un sueño? —Me pregunté en voz alta. Incluso mi voz sonaba como en aquella época. Salí de mi cuarto y me dirigí al baño que quedaba bajando la escalera, el espejo que había ahí era mucho más grande, podría verme mejor. Abrí la llave y me lavé la cara. —Eso no podía ser un sueño—. Fui a la cocina y mi madre preparaba el desayuno. Alberto, su marido, leía el periódico sentado mientras esperaba su café.

—Hola mi amor —me dijo mi madre.

—Hola —respondí yo casi sin voz.

—Ve a decirle a tu hermano que se levante, ya son casi las nueve y se suponía que a las nueve íbamos a estar saliendo.

Me aproximé a la habitación de Julián, la puerta estaba abierta, entré y él estaba terminando de ponerse los zapatos. —Qué sueño más extraño— pensé en ese momento.

—Mamá dice que te apresures —le dije en voz baja, casi inaudible.

—Ya estoy listo —contestó él con toda naturalidad—. Mira, encontré las paletas, para que juguemos.

No contesté, sólo dibujé una leve sonrisa con mis labios. Me voltéé mientras él salía del cuarto y me encontré con un calendario que mostraba el mes de enero de 1986. Volví hacia la cocina, mi madre me había preparado unas tostadas con palta y una taza de leche con chocolate. Me senté al lado de Julián y desayuné.

—Ya muchachos, apuren que si no vamos a llegar muy tarde —dijo Alberto mientras tomaba un bolso que parecía estar lleno de ropa y cosas dentro.

Tomé el periódico, noté la fecha, cuatro de enero de 1986. Sentí una sensación rara, aún creía que todo era un sueño, un sueño muy extraño pero sobre todo muy real, demasiado real. Yo tenía quince años y Julián unos ocho. Todo eran imágenes que nunca había vivido, en esa época yo estaba ingresando a la escuela militar, realizando mi servicio militar

anticipado, para luego continuar mis estudios dentro.

Decidí dejarme llevar, —al fin y al cabo era un sueño, por muy real que me pareciera—, pensé.

— ¿Dónde vamos? —Le pregunté a Julián.

—A la casa de la playa —me respondió entusiasmado—. Encontré las paletas y las...

No seguí escuchando lo que me decía, según mis recuerdos nunca tuvimos casa en la playa.

En el camino fuimos cantando los cuatro en el auto, fue un momento agradable, parecíamos una familia feliz.

Llegamos a la casa de la playa a eso del mediodía, hacía calor, pero antes de poder refrescarnos tuvimos que ordenar nuestras cosas. Julián tomó la cama de abajo y yo la de arriba del camarote, —como siempre—, según me dijo. Acaricié la ventana, intentando no sé qué, todo era demasiado real, mucho más real que cualquier sueño, mucho más real que la misma realidad.

Me sumergí en los acontecimientos y dejé de pensar, eran momentos agradables.

Esa noche nos fuimos muy tarde a la cama, nos habíamos quedado jugando a las cartas en familia. Alberto se bebía una *piscola*, mamá una mistela y Julián y yo Coca-Cola. No fue hasta que apagué la luz del dormitorio que volví a pensar, el día había sido tan bueno que me entregué a él sin más. —Si todo esto es un sueño—, me dije —debe ser el sueño más largo que he tenido—. Cerré los ojos y me dormí, escuchando a lo lejos el sonido del mar.

Cuando amaneció ya no me cuestioné lo que vivía ni donde estaba, no lo pensé. De alguna manera esa nueva realidad me era extremadamente familiar, cotidiana, como si siempre la hubiera vivido. Nos levantamos temprano, desayunamos y nos fuimos a la playa. El día estaba hermoso, con Julián nadamos y jugamos en la arena hasta que la vi, era ella, no lo podía creer. La seguí con la mirada durante un incontable tiempo, pero ella no me miró. Durante la tarde, justo cuando se ponía el sol, de casualidad nos encontramos de frente. De alguna manera sabía quién era ella pero de otra y de forma muy extraña no. Nos miramos, yo le sonreí.

—Hola —le dije sin pensar, anonadado por sus bellos ojos.

—Hola —respondió ella, sin mostrar mayor entusiasmo pero con una leve

sonrisa en su rostro.

— ¿Cómo te llamas?

—Ana.

#### IV

Al día siguiente me apresuré a tratar de encontrarla, pero no la hallé por ninguna parte sino hasta pasado el mediodía. Disimulando me acerqué de a poco, ella estaba con otras dos niñas sentadas las tres en una roca, tomándose un helado. Cuando notaron que me acercaba se rieron.

—Te vienen a buscar —le dijo una a Ana y la dejaron sola.

Era la etapa en que uno empieza a mirar al otro sexo de manera diferente. Ella era menor que yo pero había comenzado a desarrollarse antes. Poco a poco ya se comenzaban a ensanchar sus caderas y la piel de sus pechos se estiraba por el crecimiento repentino de los mismos. Pero yo no me fijaba en eso, lo mío hacia ella era una atracción inocente y natural.

— ¿Me puedo sentar?

—Ya estás aquí —me respondió y luego mordió su helado—. ¿Quieres?

Yo no acepté, prefería mirar como lo disfrutaba ella.

— ¿Eres de aquí? —Me preguntó luego de un raro silencio.

—No, soy de Santiago, estamos de vacaciones. ¿Tú?

—Yo vivo en esas casas que están allá —y señaló un lugar a unas decenas de metros de distancia.

—Entonces conoces todo éste lugar —le dije con un tono que sonó algo triste.

—Quizás —dijo ella—, ¿por qué?

—Había pensado invitarte a la cueva de las focas.

Se trataba de un lugar al final de la playa, en el cual se abría un plano entremedio de un montón de rocas, con Julián lo llamábamos así porque en la mañana los lobos marinos solían tomar sol ahí.

—No lo conozco, ¿dónde es?

Yo le indiqué con la mano derecha hacia la dirección y ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no sé dónde es —dijo—. No lo había escuchado nunca.

— ¿Te gustaría conocerlo?

—Sí, me gustaría, pero ahora no puedo. Debo volver a la casa a almorzar. Tal vez en otra ocasión.

—Ok —respondí resignado.

—No te preocupes —me dijo—. Esta tarde, antes que se ponga el sol.

Me fui corriendo a la casa, pensaba en qué decirle una vez estuviéramos allí. Julián me reclamaba mi ausencia, quería jugar conmigo pero yo ya no estaba interesado en juegos de niños.

A eso de las siete le pedí permiso a mi madre para salir, le dije que me juntaría con amigos del pueblo. No puso reparos, sólo me advirtió que no fuera muy lejos y que me portara bien. Emprendí rumbo a la playa y una vez allí me senté en la misma roca en la que habíamos estado al mediodía. Unos minutos después llegó Ana. El sol aún estaba alto en el cielo, pero el mar enfriaba el aire que soplaba moderadamente.

—Bueno —me dijo cuando llegó—, yo te sigo.

Caminamos un buen trecho sin decirnos nada, yo estaba nervioso, era una sensación que jamás había tenido. Ella, por su parte, se veía mucho más resuelta y caminaba con determinación.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —Me preguntó.

—Manuel Eduardo Arístides Carballo de Rocha —respondí con tono militar. Ella sonrió al escucharme.

Mi madre me había enseñado a responder mi nombre completo desde pequeño, era una costumbre adquirida, no lo podía evitar y, sinceramente, me gustaba pronunciarlo así, sentía que le daba prestancia.

Ella sonrió conmigo y volvió a callarse durante un rato. Yo tenía tantas cosas en mi cabeza que no podía juntar palabras, ni siquiera se me ocurría preguntarle algo. Hasta que al fin llegamos, como era tarde el plano estaba casi por completo cubierto de agua y el espacio que aún no

se sumergía se mojaba constantemente por las olas.

—Es mejor al mediodía —le traté de explicar—, a esa hora no hay tanta agua dentro y uno puede entrar.

Ella no me respondió, se quedó mirando al horizonte. El sol dibujaba una hermosa línea anaranjada en las nubes que se extendían sobre el mar a una incalculable distancia y trazaba un increíble resplandor en el agua. El cielo se iba tiñendo cada vez de un azul más oscuro a medida que se alejaba del sol y las primeras estrellas de la noche comenzaban a salir. Era un paisaje hermoso, el cual nunca me había detenido a observar, para mí el atractivo de ese lugar era la cueva. Sin embargo, desde ese momento mi perspectiva cambió.

Me quedé pasmado por la inmensidad del paisaje y lo hermoso que era. No dijimos nada durante un buen rato, pero antes que el sol se escondiera Ana tomó mi mano y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Instintivamente me acerqué y la besé en la mejilla, ella me sonrió con un brillo agradable en sus ojos y me abrazó con fuerza. Tuve una sensación extraña, hermosa, natural. Sentí que era algo que ya había vivido.

Los días siguientes los pasábamos juntos durante las tardes, hablábamos de lo que hacíamos mientras no nos veíamos y de vez en cuando soñábamos con qué seríamos al crecer y cómo desarrollaríamos nuestras vidas. Generalmente los atardeceres los pasábamos tomados de la mano, era una relación natural e inocente. Un día, mientras observábamos el sol ponerse, me acerqué más de lo que solía hacerlo a su rostro, ella me miró a los ojos, no dijimos nada y lentamente nos besamos en los labios.

V

Al día siguiente supe que el sueño había terminado. Cuando me levanté mi madre estaba ordenando las maletas y Alberto verificaba el motor del automóvil.

— ¿Qué sucede mamá? —Le pregunté.

—Se acabaron las vacaciones —me dijo con una sonrisa tierna, como si supiera lo duro que era para mí escuchar esa noticia.

Salí de la casa y corrí hasta la de Ana, pero no la encontré. El día estaba nublado, parecía que habían pasado varios días desde la última vez que la había visto. La esperé durante un rato en su portal pero nunca apareció.

El camino de vuelta fue silencioso, en extremo distinto al de ida, parecía que a nadie le hacía gracia tener que volver a la realidad.

Cuando llegamos a casa Julián peleó conmigo hasta que me convenció y jugué con él, jugamos en el patio mientras mi madre y Alberto deshacían las maletas. Esa noche nos dormimos temprano, estábamos exhaustos.

Al despertar todo lucía diferente, tardé un poco en darme cuenta. Me senté en la cama y noté que una chica dormía junto a mí. Fue una sensación extraña, de alguna manera sabía lo que ocurría, pero por otro lado sentía que había saltado de una edad a otra. Caminé hacia el baño y me miré al espejo, tenía el cabello largo y la barba crecida, ya no era el niño que había llegado recién de la playa, de pronto ya era adulto. Por un instante creí que la chica que dormía en mi cama era Ana, pero rápidamente recordé que no. Su nombre era Alicia, la había conocido hacía unos meses en una fiesta en la casa de un amigo y desde entonces estábamos saliendo, esta era la tercera o cuarta vez que se quedaba conmigo.

Sin saber cómo, salté de los quince a los veintitrés en un abrir y cerrar de ojos. Un montón de recuerdos llenaron mi cabeza cuando intenté incorporarme. Trabajaba en la municipalidad por la mañana y estudiaba arquitectura por la tarde. Nunca había ingresado al ejército y a Ana no la había vuelto a ver. Me había ido de la casa de mi madre hacía unos cinco años y Julián comenzaba la Universidad a muy temprana edad gracias a una beca que había ganado en un concurso escolar.

Alicia estudiaba arte en una Universidad Estatal, era una chica agradable, pero estábamos muy lejos de estar enamorados. Nos habíamos conocido de casualidad, como mencioné anteriormente, en la casa de un amigo durante su fiesta de cumpleaños. Ella venía acompañando a una compañera de universidad que había sido amiga de la infancia de mi amigo. Nos presentaron y nos quedamos conversando durante gran parte de la noche. Se reía con mis aburridos chistes y cantaba las mismas canciones que yo. Esa noche la acompañé hasta su casa, pero no sucedió nada. Era un año mayor que yo. Sus padres se estaban separando, por lo cual no le prestaban mucha atención en ese entonces. Comenzamos a salir desde ese día y de a poco nos fuimos acostumbrando a estar juntos.

Me metí a la ducha y me quedé bajo el agua durante un largo rato. De repente Alicia apareció, corrió la cortina y se metió en la ducha conmigo.

—Me siento rara —me dijo.

— ¿Cómo rara? —Le pregunté.

—No sé, es difícil de explicar.

No le dimos mayor importancia al asunto y nos bañamos, enjabonándonos el uno al otro. Salimos de la ducha y mientras se secaba noté un extraño

movimiento en los dedos de su pie izquierdo al caminar.

— ¿Por qué mueves así los dedos del pie? —Le pregunté.

En ese momento ella se miró los dedos y estos dejaron de moverse.

—No sé —me dijo—, ya te dije que me siento rara.

En ese momento no comprendí a qué se refería, incluso lo tomamos con humor. Debía irme a trabajar y ella a clases, ya se nos hacía tarde.

Salí de casa y me dirigí a la oficina, el día estaba agradable, el sol pegaba fuerte pero no hacía demasiado calor. Las cosas en la oficina anduvieron flojas ese día, no había mucho que hacer, sólo llenar unos cuantos formularios.

A las doce del día recibí una llamada de Alicia.

—No me siento bien —me dijo—. Creo que voy a morir.

—Pero qué es lo que dices —le respondí.

No sabía qué se traía y me sorprendió, ella no era una chica que hiciera problemas, era muy independiente, nunca me había hecho escenas o cosas por el estilo. Me asusté, me quedaba un rato aún en la oficina, pero hablé con mi jefa para poder salir antes. Le expliqué que Alicia necesitaba de mi ayuda, que no se sentía bien.

Cuando llegué a casa Alicia seguía acostada, no había ido a clases, ni siquiera había terminado de vestirse.

— ¿Qué pasa, bonita? —Le dije, al ver que lloraba.

—No puedo moverme —me respondió entre sollozos.

La tomé entre mis brazos y noté como sus manos, piernas, pies y dedos hacían pequeños movimientos extraños, involuntarios. Una vez ella miró sus manos, estas se detuvieron, parecía que necesitaba mirarse para poder contenerlos. Parecía más grave de lo que me había imaginado.

—No puedo dejar de moverlos —gritó, rompiendo en llanto.

La levanté suavemente y la llevé a la puerta, fue una reacción natural, no se me ocurrió llamar a emergencias, simplemente la tomé y me dirigí a la calle en busca de un taxi. Le pedí al conductor que nos llevara a la Clínica Mamf. En alguna oportunidad Alicia me había dicho que si algún día le ocurría algo la llevara a esa clínica, era donde sus padres tenían el seguro

médico. Ella, como estudiante, dependía legalmente de sus padres.

El taxista me ayudó a sacar a Alicia del automóvil, sus extremidades ya no se movían, pero colgaban de su cuerpo sin fuerzas. Por sus propios medios le era completamente imposible caminar. Nunca había visto nada igual — ¿qué será lo que le sucede?—, pensé en ese momento. — ¿Cómo era posible si el día anterior había estado excelentemente bien? ¿Quizá ya se sentía mal y no me había querido decir sino hasta las últimas instancias?

Un guardia que estaba en la entrada llamó a una enfermera al vernos entrar, ésta, al notar el estado de Alicia hizo que trajeran una camilla y la ingresaron. Un doctor apareció y comenzó a examinarla, mientras lo hacía me bombardeó con preguntas acerca de lo que estaba sucediendo. No fue mucho lo que pude decir, le expliqué lo poco y nada que sabía, los movimientos involuntarios, etc.

—Está bien —me dijo en un tono seco—, espere afuera por favor.

Me quedé detrás de la gran puerta, observando como Alicia ingresaba en un box de atención.

— ¿Es usted familiar de Alicia? —Me preguntó la misma enfermera que había hecho traer la camilla.

Me quedé en la recepción hasta que llegaron sus padres, si no hubiera sido por el guardia de seguridad el padre de Alicia me hubiera golpeado y le faltó poco para hacerlo. Me quedé en la entrada, esperando poder obtener alguna información cuando el doctor saliera.

Se trataba de un caso extraño, los doctores de urgencias no estaban capacitados para tratarla, sólo dijeron que creían que se trataba de un problema neuronal o algo así, deberían internarla. Al día siguiente la examinaría un neurólogo, mientras tanto le habían dado sedantes para que durmiera.

Me quise quedar en la sala de hospital pero su padre no me lo permitió, por lo cual decidí salir a caminar. Me sentía mal, estaba preocupado, ¿qué podía haberle pasado a Alicia para que sufriera semejante tragedia? Ni siquiera sabíamos qué era exactamente lo que le sucedía. Era una buena chica, no merecía que nada malo le pasara.

Esa noche no pude dormir, al día siguiente me levanté temprano, quería llegar a la clínica antes que sus padres, pero cuando llegué ellos ya estaban ahí. Los doctores ya habían examinado a Alicia y, al parecer, su caso, si bien era extraño, no era el primero que veían. Se trataba de una pérdida casi total de la propiocepción. Me llamó la atención cuando dijeron

eso, nunca había siquiera oído esa palabra antes.

—La propiocepción —me explicó el médico—, es la conciencia natural que poseemos de nuestro propio cuerpo, aquellas cosas que nos parecen más obvias como mover nuestras extremidades, mover la nariz cuando nos molesta el polvo, rascarnos si nos pica, etc. Son todas cosas que hacemos sin siquiera pensarlas y las realizamos sin problemas porque somos conscientes de cada centímetro de nuestro cuerpo. Esa conciencia del cuerpo propio se llama propiocepción.

— ¿Qué puede causar perder la propiocepción? —Le pregunté al médico.

—No estamos muy seguros —me respondió—, no es algo que sé de frecuentemente, al menos no tan generalizado. Debemos hacerle estudios.

La madre de Alicia se echó a llorar, yo realmente no me explicaba lo que sucedía. Entramos a verla y parecía que había empeorado, ya casi no podía hablar, lo cual la desesperaba, incluso su respiración se notaba le costaba trabajo mantener. Me senté a su lado, una lágrima se le escapó por la mejilla, sus ojos tenían un brillo distinto.

Pasaron dos semanas pero Alicia no mejoró, al contrario, fue necesario conectarla a un respirador artificial, en última instancia ya ni los párpados controlaba. Diecisiete días después de ingresada en el hospital se rindió, fue una muerte lenta, penosa y triste, estaba consiente de todo, pero su cuerpo no la acompañaba. Comenzó con los dedos de los pies, luego sus brazos, de a poco cada órgano de su cuerpo se fue negando a obedecerle, haciéndola presa de sí misma en una cuenta regresiva mortal.

## VI

Alicia no merecía terminar así su vida, tan joven. Creo que me dejó en estado de shock. En la municipalidad me dieron dos semanas libres para que me recuperara. Decidí ir a visitar a mi madre, hacía tiempo que no la veía y, después de lo ocurrido, pensé que si algo le pasaba y yo no estaba junto a ella no sería capaz de perdonármelo.

Me dirigí a la estación de trenes y compré un boleto de ida, realmente no pensaba volver. Ya vería luego qué hacía con los estudios, el trabajo no era algo que me importase mucho.

Me subí al tren y comencé a buscar mi asiento, un tipo que, al parecer, guardaba algo debajo de su asiento me bloqueaba el paso.

— ¿Me das permiso? Por favor —le pedí lo más amable posible.

—No —fue su respuesta, en un tono muy de pocos amigos.

Note que discutía con una mujer, era una joven realmente hermosa: cabello negro azabache perfectamente liso, unos ojos color turquesa que sobresalían en su piel blanca y lisa como la seda, era delgada y de facciones finas, realmente muy linda.

—Disculpa, ¿puedes darme permiso para pasar a mi asiento? Por favor —volví a pedirle, pero esta vez su respuesta fue más agresiva que la anterior.

Me llamó la atención que la chica no dijera nada — ¿Estarán jugándome una broma?— pensé en ese momento. Pero yo no estaba para bromas ni mucho menos, aunque tampoco estaba disponible para meterme en problemas ni trenzarme a golpes con un desconocido.

Lo intenté una tercera vez.

—Amigo, por favor ¿puedes dejarme pasar a mi asiento?

Esta vez sus insultos fueron mayores, la chica no dijo nada ni siquiera me miró. Me puse nervioso, era una situación complicada y, aunque no quería problemas, tampoco podía dejarme pasar a llevar así por un extraño. Apreté los dientes y afirmándome de los asientos me hice paso, empujándolo hacia un lado. Noté que la gente nos miraba. Justo al momento de pasar, y luego de oír nuevos insultos de su parte, noté que intentaba abalanzarse contra mí, pero en una reacción instintiva, cerré mi puño derecho y lo planté en su rostro en un golpe seco que lo envió unos dos metros más allá, haciéndolo caer y chocar contra la puerta del tren.

En ese momento la chica que lo acompañaba se levantó y comenzó a golpearme, yo sólo me cubrí. El tipo se levantó con la nariz goteando sangre y la chica se le acercó a ayudarlo. Él comenzó a palabrearme, pero sin acercarseme, me decía que nos bajáramos en la siguiente estación para terminar lo que había iniciado.

Yo estaba nervioso, no quería pelear, nunca había sido mi intención, sentía como me tiritaban las piernas.

—Mira —le dije con tono calmado, pero desafiante—, no quiero problemas, pero si así lo deseas nos bajamos en la próxima, pero no te lo recomiendo.

La chica se lo llevó al asiento y el tipo siguió gritándome cosas. Finalmente me senté donde me correspondía, pero él seguía odiando desde lejos, fue una situación muy desagradable. De pronto, un hombre alto y grueso que estaba sentado un par de asientos más adelante que yo

se levantó y se dirigió hacia él.

— ¿Puedes cerrar ya la bocota? —Le dijo—, si ya te pegaron. ¿O quieres más?

El tipo no fue capaz de decir nada, intentó hacerlo pero ninguna palabra llegó a sus labios.

—Voy con mi esposa y mis hijos —continuó el hombre—, ellos no tienen por qué soportarte. Así que por favor para sino voy a ser yo el que te va a callar esta vez. ¿Estamos?

Nuevamente no fue capaz de esbozar palabra alguna, solo asintió con la cabeza.

Desde ese momento el viaje fue tranquilo, el tipo y la chica se bajaron en la siguiente estación, fue sino hasta entonces que pude relajarme y me dormí. Cuando desperté me di cuenta que me había pasado unas cuantas estaciones, ya casi se ponía el sol y el vagón estaba vacío. El tren se detuvo, me bajé para tomar el servicio en el otro sentido, esperé un rato pero de pronto me vinieron unas terribles ganas de ir al baño, para mí sorpresa el de la estación estaba descompuesto. Pregunté en información y me dijeron que en la tienda del frente podía ir, si mostraba el ticket del tren no me cobrarían.

Crucé la calle, el lugar era una especie de supermercado veinticuatro siete, la muchacha que atendía miró el ticket con desinterés y me indicó de mala gana dónde estaba el baño. Era un baño amplio y se veía bastante limpio. Sin embargo, me tomé mi tiempo cubriendo el borde de la taza con papel antes de sentarme. Estaba en eso cuando sentí el tren que entraba en la estación, tendría que esperar el siguiente.

Mientras me lavaba las manos noté que una melodía se escuchaba a lo lejos, tenue, parecía venir desde la parte de atrás. Acerqué mi oído a la pared, sólo por curiosidad, sonaba como *Ashes to ashes* de David Bowie. Apoyé suavemente mi mano en el toallero y una parte de la pared se desprendió, al menos eso creí en principio. El volumen de la música se acrecentó. Era una especie de puerta, la empujé despacio y entré. Daba hacia un pasillo, no muy largo, unos cuatro metros como mucho. Caminé hasta el otro extremo, cuando llegué hasta ahí se abrió una pequeña ventanilla.

— ¿Con quién vienes? —Me preguntó un hombre desde dentro.

No alcancé a contestar, cuando alguien más, también desde dentro, respondió.

—Déjalo entrar Johnny, viene conmigo.

Esa voz me sonó familiar, pero no pude reconocerla en ese momento. La puerta se abrió, dentro había una especie de bar, un pequeño escenario donde un hombre, acompañado de una guitarra, comenzaba ahora a interpretar *Space Oddity* también de David Bowie. Unas cuantas chicas se paseaban completamente desnudas entre las mesas del lugar, intentando atraer clientes.

Entré y el hombre cerró la puerta, me volteé a mirarlo y él no hizo gesto alguno. La voz familiar volvió a sonar.

—Siéntate aquí chico —dijo, mientras quitaba una mochila del asiento contiguo al suyo.

Una chica se me acercó y me abrazó, olía muy bien, tenía grandes senos y la entrepierna completamente depilada.

— ¿Quieres tocarlos amor? —Me dijo, al ver que le miraba los pechos.

—Quizá más tarde, Dandara —contestó el hombre de la voz conocida—. Debes estar cansado, no es muy cómodo dormir en el asiento de un tren.

La chica me besó en la mejilla y se alejó, meneando las caderas. No dije nada, dejé mi mochila en el suelo y me senté en el asiento que me ofrecía el anciano.

—Timmy —dijo, mirando al cantinero—, sírvele una cerveza al muchacho... ...y hornéale una pizza también. Van por mi cuenta.

Se volteó hacia mí y vi su rostro.

— ¡Strauss! —Exclamé sin siquiera saber de dónde sacaba ese nombre.

El anciano sonrió y me tendió el vaso de cerveza, pero no respondió. Bebí sin despegarle los ojos. El hombre que cantaba terminó la canción y la gente aplaudió.

— ¿Sabes? Cuando yo tenía más o menos tu edad también me trencé a golpes en un tren, lamentablemente no me fue tan bien como a ti.

— ¿Cómo sabe usted eso?

—Bueno, venía sentado al frente tuyo. Por cierto, puedes llamarme George.

Me quedó mirando, esperando a que le dijera mi nombre, tardé un

momento en darme cuenta.

—Manuel Eduardo Arístides Carballo de Rocha —respondí al fin.

—Ok, gusto en Conocerte Ed —dijo él y chocó su vaso contra el mío.

Se hizo un silencio largo, el hombre de la guitarra dejó a David Bowie y comenzó *Goin' Back* de *The Byrds*.

—No me enorgullece —dije de pronto—, al contrario. Pero creo que no tenía más opción.

—Lo sé, el tipo se lo buscó. No debes avergonzarte, yo en tu lugar no hubiera sido tan amable —luego de una pausa continuó—. ¿Qué te trae tan lejos?

—Voy de visita a casa de mi madre, pero me he pasado unos cuantos kilómetros.

—Ya veo. Yo a tu edad tenía tantas cosas que quería hacer, muchas hice, muchas me privé y de alguna manera terminé aquí, oyendo cantar a un borracho y manoseando niñas que podrían ser mis hijas. Los errores son irreversibles a veces, lo importante es saber enmendarlos, sí, pero muchas otras veces es mejor no cometerlos. Eres joven, ve, búscala, aún estás a tiempo de encontrarla. Lo mejor es que ella quiere que la encuentres.

No comprendí a qué se refería ni de quién hablaba, pero no pregunté.

—Dandara —gritó—, ¿te gusta? —Me preguntó, yo asentí—. Relájate un rato entonces, mañana será otro día.

Cuando la muchacha llegó le entregó unos cuantos billetes grandes, y una llave que tenía grabado el número 72.

—Trátalo bien —le dijo—, date un baño y luego me lo atiendes.

—Yo... —intenté decir algo, aunque no sé muy bien qué, pero él no me lo permitió.

—No no no no no, nada de peros, este es un regalo de tu amigo George, ve y disfruta, mañana será un largo día.

La chica me tomó de la mano y me llevó a una habitación, George le dio una palmada en el trasero y le guiñó el ojo cuando comenzamos a caminar. Me sentí extraño, sentía que no debía hacerlo, que debía irme de ahí pero

no pude, una extraña atracción me invitaba a quedarme.

Dandara se dio un baño, tal como se lo habían ordenado, yo me recosté en la enorme cama sin quitarme siquiera los zapatos. En el cielo había una pintura que simulaba las nubes y el cielo. Me quedé mirándolo con la mente en blanco. Hacía menos de cuarentaiocho horas que había enterrado a Alicia y ahora me encontraba en un privado con una prostituta — ¿Qué clase de hombre era?

La chica salió de la ducha, no se había secado, estaba empapada, salpicaba el suelo de madera. Tenía el cabello crespo, ondulado mejor dicho, unas pestañas increíblemente largas y sus ojos pardos contrastaban hermosamente con su piel morena. Me miró desde el umbral, regalándome una sonrisa. Tenía los dientes grandes y bellos, increíblemente blancos.

Su mirada parecía inocente, debía saber fingirla muy bien. Me empalmé al verla así, desnuda de pie junto a la cama, con esa mirada tímida y salvaje a la vez. Se acercó lentamente y se sentó sobre mí, posando sus enormes pechos en mi rostro, los besé y los apreté con mis manos. Hicimos el amor lentamente, sin decir nada, ella sabía hacer su trabajo.

Cuando desperté la chica ya no estaba junto a mí —ya debe haberse marchado—, pensé. La luz del sol me daba en la cara, por lo que me costó despabilar. El ruido de las ruedas en los rieles me llamó la atención. Restregué mis ojos y me incorporé, me encontraba dentro del tren, miré por la ventana pero el paisaje no me era familiar. Por alto parlante anunciaban el arribo a la estación San Carlos. Pensé que todo había sido un sueño.

Bajé del tren, me había perdido. Me acerqué a Informaciones y me sorprendí al ver que la chica que atendía era Dandara. Me quedé unos cuantos segundos sin poder hablar.

— ¿En qué puedo ayudarlo? —Me dijo amablemente.

La miré y no pude evitar mirar su pecho abultado, ella lo notó y pude darme cuenta que no le había gustado como la miraba, yo no pude evitar recordar la sensación de tener esos pechos húmedos rosando mi cara.

— ¿Puedo ayudarlo en algo, señor? —Volvió a preguntar.

—Sí, al parecer me perdí, debía...

No me dejó continuar y me pidió mi boleto, metí mis manos en los bolsillos de la chaqueta, buscándolo, cuando encontré una llave dentro, la

saqué, tenía grabado el número 72 en ella.

— ¿Se encuentra bien? —Me preguntó la muchacha—, ¿tiene el boleto?

Le entregué el boleto y ella lo ingresó en el sistema.

—Se pasó dos estaciones, le entregaré otro boleto con el que podrá tomar el tren de vuelta. No se preocupe, que no tiene cargo extra.

— ¿Puedo hacerte una consulta? —Le dije.

—Si claro, cómo no.

— ¿Tu nombre es Dandara?

Me miró extrañada, como si no pudiera entender de qué iba yo con esa pregunta.

—No señor, aquí tiene —y me entregó el ticket.

—Discúlpame, muchas gracias por tu ayuda.

—Para eso estamos, buen viaje —me dijo y sonrió con esos dientes hermosos.

Caminé hacia el cambio de andén, confundido por lo ocurrido. Si todo había sido un sueño, ¿cómo había llegado esa llave hasta mí?

## VII

Llegué a casa de mamá sin poder quitarme de la cabeza el asunto de la llave. Mi madre preparaba el almuerzo, Alberto trabaja. Nos saludamos, ya le había contado por teléfono lo ocurrido con Alicia.

— ¿Qué piensas hacer? —Preguntó.

—Pensaba quedarme aquí un tiempo.

—Como quiera hijo, ésta siempre será su casa.

Era gracioso oír eso, ya que se habían mudado ahí hacía poco por cosas del trabajo de Alberto. La casa era pequeña ni siquiera tenía dónde dormir.

—Hay algo que debo hacer.

Me acomodé en el pequeño desván, en un viejo sillón cama que mi madre

guardaba para cuando Julián o yo llegábamos de visita.

Según mis recuerdos no había vuelto a ver a Ana, pero había algo que no me cuadraba. Tenía un fugaz recuerdo de su rostro de adolescente en mi cabeza, solo debía hilarlo hasta algo real.

Ordené rápidamente mis cosas y me recosté con la llave de la inscripción 72 en mi pecho. Dandara me recordaba mucho a Ana, pero en ningún caso la confundí con ella, algo tenían en común y debía averiguarlo.

A eso de las dos almorcé con mi madre y luego salí, necesitaba volver a ver a Dandara. Caminé hasta la estación pero no llegué a tomar ningún tren, algo en el camino me distrajo. Se trataba de una puerta de acero ubicada a un costado de la entrada. No tenía nada en particular salvo el candado que cruzaba el pestillo, en el cual se apreciaba la inscripción 71. Miré la llave y la tipografía de ambos era la misma. Supuse que quizás el candado que pertenecía a la llave se encontraría en la siguiente estación, pero ¿en qué sentido?

Pagué el boleto hacia San Carlos, pero bajaría en la siguiente estación y buscaría a ver si encontraba un portal de similares características. Estaba a punto de subir al tren cuando noté que al otro lado del andén había un portal similar. Busqué las escaleras hacia el cambio de andén y me dirigí hasta ahí, lo hice a paso firme pero tranquilo, no había mucha gente en la estación y no quería llamar la atención.

Llegué hasta la puerta, no sé muy bien por qué pero el corazón me latía muy fuerte, me aproximé despacio, mirando a los alrededores que nadie me observara. Note la inscripción 72 en el candado, iba a sacar la llave cuando me di cuenta de que estaba abierto. Jalé la manilla y la puerta se abrió. Una vez más miré a mí alrededor, verifiqué que no hubiera nadie y entré lentamente, intentando no hacer ruido. La puerta daba a un pasillo largo y oscuro, lo recorrí a tientas hasta que noté que una pequeña luz se encendía al final. Otra puerta —pensé—, mientras lo pensaba un hombre la abrió desde dentro.

—Creí que nunca vendrías —me dijo con tono amable—. Pasa.

No fui capaz de responder, tragué saliva y entré. Era una pequeña recámara llena de manuscritos.

—Toma asiento —me pidió y cerró la puerta.

— ¿George? —Pregunté al ver mejor su rostro.

—Aquí puedes llamarme Jorge —me dijo y se sentó sobre un montón de

libros—. Dime Manuel, ¿cuánto es lo que recuerdas?

No sabía a qué se refería, lo pensé un momento y lo único que se me vino a la mente fue el episodio en aquel bar.

—Recuerdo que llegué a través de una especie de puerta secreta en el baño de un supermercado...

—No me refiero a eso —me interrumpió, sin dejarme terminar—. Sólo piénsalo un poco.

—No sé a qué se refiere —dije luego de un silencio.

Sacó del bolsillo interior de la chaqueta un paquete de cigarrillos, tomó uno en sus labios y lo encendió, dio una gran bocanada y dejó salir el humo por su nariz.

—Sabes —me dijo—, he dedicado mi vida a escribir todos estos manuscritos que ves aquí y nunca nadie los ha leído. ¿Sabes por qué lo hago? —Negué con la cabeza—. Hay gente cómo tú que me necesita.

Iba a preguntar a qué se refería, pero no alcancé a hacerlo. Antes de que pudiera tomar aire para comenzar a hablar él continuó.

—Por cierto, ¿cómo te fue con Dandara anoche?

—Bien, es una...

—Sí, es una chica tremenda. Pero eso fue sólo un pequeño regalo, una parada de descanso.

>> Bueno, ahora debes concentrarte. Dime ¿cuánto es lo que recuerdas? Déjame ayudarte un poco, ¿cuál era su nombre? Sí, Ana.

Me quedé pasmado, en ese instante recordé todo: El ejército, Julián, mi accidente, la cadera rota, a Ana.

—Ana —repetí su nombre una vez más.

—Veo que ya recordaste.

—Pero ¿cómo?, ¿cómo es posible todo esto? Jorge, tú...

—Esta es tu segunda oportunidad amigo mío, no la desperdicies. Ha sido duro lo de Alicia, no cabe duda, pero estás aquí por algo mucho más fuerte.

— ¿Qué debo hacer? —Pregunté asustado.

—Eso sólo lo sabes tú.

— ¿Y Dandara?

—Ya te lo dije, ella es linda y todo lo demás que ya sabemos, pero sólo fue un descanso en el camino. Ya sabes qué hacer, yo ahora debo escribir.

Salí de ahí con un nudo en la garganta, entendía lo que sucedía pero no lo comprendía. Sólo una cosa estaba clara, debía encontrar a Ana.

## VIII

Llegué a casa de mamá y comencé a recoger mis cosas.

— ¿Qué haces hijo? — Me preguntó mi madre.

—Debo irme.

—Pero si acabas de llegar.

—Es importante mamá.

No me discutió más y me ayudó a empacar. Debía volver al pueblo donde la había conocido, debía volver al mar, a aquellos lugares de inocencia infantil.

Me acerqué a informaciones, en la estación de tren, a ver si podrían cambiarme el pasaje, esta vez con destino a la costa. Me sorprendí al ver a Dandara en la recepción.

— ¿En qué puedo ayudarle? —Me preguntó cordialmente.

Lo único que hice fue entregarle el boleto y mirar sus pechos, no podía dejar de recordarlos desnudos y húmedos sobre mí.

— ¿Señor?

—Disculpa —dije una vez despabilé—, quería saber si puedo cambiar el destino.

—Pero este boleto era para esta mañana.

—Sí, es que no pude viajar a esa hora y ahora necesi...

—Y ahora necesita mis tetas en la cara.

Me turbé, no supe si lo que decía era realmente lo que mis oídos escuchaban.

— ¿Cómo? —Dije al fin.

—Que si ahora necesita cambiar el destino —yo asentí con la cabeza—. Está bien, haremos una excepción.

Tardó unos minutos digitando en el sistema y me entregó mi pasaje. Le agradecí y me volteé en busca del andén correspondiente. Cuando me volví ella ya no estaba, en su lugar había una señora mayor. La miré pero no dije nada. Algo tenía esa muchacha, quizás todo había sido un sueño, pero había sido muy real. Me costaba creer que no la volvería a ver, quizás yo no servía para el sexo casual, el problema en ese caso era sólo mío.

Me subí al tren, me senté, me abroché el cinturón y me acomodé, un largo viaje me esperaba. Apoyé mi cabeza en el respaldo, no podía dormir aunque lo quería.

Miré la hora, el tren ya llevaba alrededor de una hora de viaje, presentí que algo no andaba bien. No sé muy bien cómo explicarlo, nada me indicaba que algo anduviera mal, el viaje era suave y no se notaban complicaciones. Sin embargo, algo me inquietaba, sentía que no andaba bien. Me apreté el cinturón, noté que mi respiración se agitaba y mis manos sudaban. Fue en ese momento que el vagón comenzó a moverse más de lo normal, miré por la ventana, el tren iba demasiado rápido. Se sacudía de un lado a otro, bajábamos una pendiente y a cada metro recorrido ganábamos más velocidad. Las sacudidas se convirtieron en saltos, la gente a mi alrededor gritaba, algunos se levantaron del asiento. Alguien, al otro extremo del vagón, intentó activar el freno de emergencias pero éste no funcionó. Miré por la ventana, aferrado a mi asiento y noté que una curva se aproximaba, en ese momento supe que nos descarrilaríamos, cerré los ojos y me aferré al asiento, esperando el choque. De pronto todo se oscureció.

Abrí los ojos despacio, mi vista daba hacia una colina. Estaba inclinado, intenté levantarme, pero no lo logré. Me sentía aturdido, oí gritos cerca de mí. Me miré, aún tenía el cinturón del asiento puesto. Me lo traté de sacar pero no pude, intenté levantarme, pero me fue imposible, un dolor intenso me durmió las piernas. Sentí un ruido ensordecedor y vi que escombros del tren volaban por todas partes, había explotado. Dejé de oír por un instante. De pronto, alguien se me acercó, intentó sacarme el cinturón y levantarme del asiento, al que aún estaba sujeto pero yo no podía

moverme.

—No lo muevas —Le gritó alguien—. Está muy lesionado, no es recomendable moverlo.

—Ayúdenme, por favor —les grité.

—Tranquilo amigo, te ayudaremos, pero debes quedarte quieto donde estás. Ya llegará la ayuda.

Sentí un terrible frío en ese momento, comencé a tiritar. Los hombres se alejaron, intentaban ayudar a personas que se encontraban en peor estado. A lo lejos se sintió una sirena que se acercaba. La ayuda venía en camino.

Me encontraba volteado, sujeto aun al asiento por el cinturón. Sentí que lentamente el cuerpo se me dormía, hacía rato que no sentía las piernas y poco a poco noté que dejaba de sentir el resto del cuerpo. La vista se me nubló y me desmayé.

Cuando desperté estaba en una sala de hospital, miré la hora en un reloj de pared, marcaba las cuatro quince, en ese momento no supe si era de día o de noche. Tenía mangueras en mi nariz y un montón de vendas por todo el cuerpo. Intenté moverme pero aún estaba muy sedado para poder hacerlo. Me quedé despierto un largo rato, nadie vino durante unas tres horas. A las siete en punto un doctor ingresó en la habitación.

—Hola, hola. ¿Cómo se siente? —Me preguntó.

—No lo sé —le respondí en voz baja, aunque mi intención era hablar alto, pero no fui capaz.

— ¿Es usted don Manuel Eduardo Arístides Carballo de Rocha? —Yo asentí con la cabeza—. Ok, sus padres ya han sido notificados del accidente, no deben tardar en llegar. Le comento que el tren en el que usted viajaba se descarriló, por la fuerza del impacto usted sufrió una doble fractura, interna y expuesta, a la cadera. El día de ayer fue intervenido, intentamos reparar el hueso en su conjunto, pero serán necesarias otras intervenciones.

Una lágrima se me escapó sin que pudiera evitarlo.

—No se preocupe, todo va a salir bien. Una enfermera le traerá el desayuno en un rato. Puede pedirle a ella lo que quiera.

Salió de la habitación y me quedé solo, me pareció que el doctor tenía muy buena dicción pero bastante poco criterio. Hubiera preferido, en ese momento, no enterarme de nada, al menos no de esa manera tan seca y

sin anestesia.

Me quedé mirando la pared cuando salí de la habitación. De pronto me imaginé anciano, a duras penas con un bastón, caminando por calles un día de invierno. Me encontraba perdido en ese pensamiento, que más bien parecía recuerdo, cuando abrieron la puerta. El aire se secó, las paredes desaparecieron y sólo su figura quedó iluminada, suspendida en el aire por un instante infinito. Nos reconocimos en seguida, sin decirnos nada durante un largo rato, en el cual el dolor y el shock del que era víctima desaparecieron completamente.

—Ana —dije en voz casi inaudible.

—Manuel.

IX

Ana acababa de comenzar su residencia en el hospital, tenía turnos de domingo a jueves, siempre por la mañana.

Al comienzo creí que sería difícil conseguir una conversación fluida, no la veía desde hacía muchos años, yo no estaba en una situación muy cómoda y postrado en una cama, pero la conversación se dio fácil y nos contamos nuestras vidas completas en esa semana previa a mi próxima operación.

Ana se había ido a vivir a esa localidad, atraída por la naturaleza más que por la oferta de trabajo en el hospital. Hacía dos semanas que se había mudado a una pequeña cabaña de tres habitaciones en aquel pueblo. Era un lugar hermoso, pero solitario.

—Si quieres te puedo hacer compañía una vez salga de aquí —le dije un día.

—Quizás —respondió ella.

Habíamos comenzado una especie de relación, sin decirnos nada explícito, sin tocarnos siquiera. Era un juego de miradas y frases insinuadas.

—Me encantan tus ojos —me dijo el día antes de la operación—. Tienen un brillo especial, dicen tanto.

Yo no contesté, pero sabía a qué se refería. Sus ojos me decían lo mismo a mí. Esa noche me acompañó, a pesar que no le correspondía turno, se recostó a mi lado. Su respiración me dio la tranquilidad para afrontar lo que estaba sucediendo.

A las ocho de la mañana entré a pabellón, mi madre y Alberto esperaban en recepción. Era mi tercera operación, pero la más importante, del resultado de la misma dependía si volvía a caminar o no. Los médicos finalizaron a eso de las tres de la tarde. La operación había sido todo un éxito, al menos eso parecía en principio, ahora quedaba la rehabilitación y esperar.

Pasé los siguientes dos meses rehabilitándome, Ana me ayudaba en todo. Cuando finalmente me dieron el alta me invitó a quedarme en su casa. A mi madre no le gustó la idea, pero sabía que en casa de Ana estaría mejor que en la suya.

Pasaron algunos días, tenía medicamentos para los dolores, según los doctores, éstos debían irse quitando de a poco, pero no fue así, al contrario, cada día se hacían más intensos hasta que se volvieron insoportables.

Veinte días después de haberme dado el alta era internado nuevamente en el hospital. Me hicieron cientos de exámenes. Una bacteria intrahospitalaria se había alojado entre la prótesis de titanio y el hueso, generando un cáncer de medula incurable y de rápida expansión.

Volvimos a la casa y me recosté en el sillón, Ana debía volver al hospital.

— ¿Quieres que me quede? —Me preguntó.

—No, tú tienes tus cosas que hacer, anda, yo estaré bien.

Me besó en los labios y se marchó. Me levanté y me metí a la ducha, me cambié de ropa, mientras lo hacía me miré en el espejo, me veía viejo y cansado. Por poco y no me reconocí. Caminé despacio hasta la sala, giré la palanca de la persiana para dejar que entrara luz a la habitación. Me serví un poco de bourbon con dos hielos, encendí la chimenea y me senté enfrente de la ventana. El día estaba muy nublado, parecía que en cualquier momento comenzaba a llover. Cerré suavemente los ojos y dejé que el calor de la chimenea me acariciara. Los abrí levemente pero mi vista estaba nublada, intenté levantar el vaso de bourbon pero no fui capaz de hacerlo, me sentía inmensamente cansado. Cerré los ojos otra vez y me entregué.